

Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de
las Misericordias y Nuestra Señora
de las Lágrimas

XV Pregón del Estudiante

JOSÉ LUIS GARCÍA LÓPEZ

A la memoria
de Sor María de San José,
confidente, amiga y maestra

TÚ ESTABAS ALLÍ, pero yo no te veía. Mis ojos infantiles, ávidos de sensaciones e incansablemente curiosos, se perdían cada mañana, sin adivinarte siquiera, en el oropel de tu paso recién dorado, envuelto en los plásticos que pretendían guardarlo del inevitable deterioro en el atrio de la iglesia donde algún tiempo después sí te encontraría, enmarcado por aquel frío dosel falseado en la pared de la que pendías clavado en tu Cruz.

Cada mañana, mientras recorría cansinamente, medio ensoñado aún, el que entonces se me antojaba un largo recorrido hasta el colegio de Los Ángeles, ni tan siquiera sabía que los altos muros que envolvían mis apresurados pasos con un eco cavernario y fantasmioso, eran los de tu Casa, donde te guardaba, arropándote en tu inmenso dolor, el cariño infinito de aquellas otras madres que te veneraban desde antiguo, recogidas con humildad franciscana en ese rincón de Jaén cargado de historias que es la monacal calle de Santa Clara, aún entonces al amparo de los raídos muros de la vieja iglesia de San Pedro.

Muros centenarios en los que, si hubiese podido entonces mirar con los ojos del alma, habría adivinado el perfil sereno de tu sombra doliente, recortada entre afilados capirotes que se agitaban nerviosos en la tarde siempre eterna del Lunes Santo.

Pero a los siete u ocho años, los ojos todavía no son los del alma, sino los de la fantasía, y a esa edad la mirada infantil prefería perderse a través de las grietas que, como heridas del tiempo, motejaban el avejentado portón de la arruinada iglesia, para imaginar a su trasluz historias fantásticas protagonizadas al resguardo de aquellas piedras invadidas de olvido y jaramagos.

Bien poco podía sospechar entonces que a la vuelta de los días, animado por el eco de cercanos recuerdos familiares que despertaban removidos por la curiosidad del colegial acerca del significado de aquel trono dorado bajo los arcos conventuales, la mirada de sorpresa de tornaría en semilla cofrade y en febril deseo de una pronta Semana Santa, para descubrir en ella un ansiado Lunes Santo y poder acompañarte en el misterio de tus Misericordias, aunque ya no fuera desde tu Casa, ni al amparo de las inquietas y blancas miradas que cada Cuaresma siguen despidiéndote tras la celosía.

Y llegó la Semana Santa.

Y llegó el Lunes Santo.

Y allí me tenías, revestido por una brillante túnica de raso negro, recuperada de la vieja maleta en la que estuvo guardada durante años, a la espera, tú lo sabías, de que algún día alguien volviera a vestirla.

Y yo te seguí con ella, aunque bien sabías que pronto habría de hacerlo de una manera muy distinta.

Porque junto a aquella túnica negra, de blanco caperuz y escudo al pecho, también dormía una flor blanca de pétalos azules, que desde el silencio y el recuerdo esperaba ansiosa a recibir de nuevo el rocío de unas Lágrimas benditas, para poder entonces abrirse a la primavera y, como antaño, esparcir por las calles de Jaén el aroma de la belleza virginal de tu Madre Inmaculada.

Un perfume que me envolvió y me arrebató para siempre, haciéndome eternamente suyo.

Luceros encendidos,
 cegador brillo de plata,
 escarcha sobre los olivos,
 llama viva de candelería;
 éso son tus Lágrimas, María.
 Un río de sentimientos,
 un caudal de amor vivo
 que arrastra pasiones
 y enciende los corazones.
 De tus mejillas, el color
 no ha de arrebatarlo el dolor,
 porque para enjugar tu llanto
 y sentir tu quebranto
 en la tarde inundada de sol
 de cada Lunes Santo,
 también hoy, como ayer, como antes,
 contigo, Virgen mía,
 siguen llorando tus Estudiantes

Ilustrísimo señor capellán

Gobernador de la Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de las Misericordias y Nuestra Señora de las Lágrimas.

Miembros de la Junta de Gobierno de esta mi queridísima Cofradía de los Estudiantes.

Querido José Antonio.

Amigos y cofrades.

CUANDO hace ahora tres años tuve el enorme privilegio de ser designado para pronunciar el Pregón de la Semana Santa de Jaén creía, y así lo dije públicamente, que había alcanzado el mayor honor que puede dársele a cualquier cofrade.

No mentía.

Pero dejadme que haga un matiz.

Porque si a esa premisa la desnudamos del carácter generalizador que supone pregonar la Semana Santa de toda una ciudad, que además es la que se lleva grabada en el alma, el mayor honor posible no es otro que tener la oportunidad de abrir el corazón ante quienes forman tu misma familia cofrade; ante tu cofradía.

Y a la familia sólo se le puede hablar con el corazón en la mano.

Yo así quiero hacerlo aquí, con vosotros, en la intimidad de este rincón de nuestro Jaén que, aún siendo la casa de todos los cofrades, hoy es un poco más nuestra, de los Estudiantes, porque tiene aires y aromas de Lunes Santo.

Tal vez debería haber dicho aires y aromas de Lunes Santo en la Merced, pero me vais a permitir la licencia de imaginar, si acaso por

un momento, que los piropos de la Tuna Universitaria se transforman en alfombra de flores bajo el paso de la Virgen de las Lágrimas en la plaza de Belén, al menos para evocar el recuerdo justo en el momento de reencontrarme con mi gobernador de hace tantos años y agradecerle aquí no sólo que aceptara el envite de presentarme en este entrañable acto cuaresmal, en el que ha derramado cálidas y entrañables palabras hacia mi persona, sino para agradecerle también que un ya lejano día de abril de 1973 me abriera las puertas de la Junta de Gobierno de nuestra Cofradía, a la que tuve el honor de pertenecer durante casi veinte largos años.

Gracias, José Antonio, de todo corazón, por lo uno y por lo otro.

Y también, gracias por haber cimentado con ambos gestos los pilares de una sincera amistad que ya perdura a través del tiempo, esa magnitud tantas veces etérea y equívoca que a su paso apenas deja un resquicio en la memoria para que a su través, como si fuera una de aquellas llagas en el portón de la vieja iglesia de San Pedro, podamos asistir, ya convertidos en meros espectadores de privilegio, a la procesión del recuerdo que transita por las calles de la propia existencia.

Una procesión de sentimientos que siempre hace estación ante los mismos hitos, que no son si no los que nosotros mismos levantamos con nuestra curiosidad, tal vez con nuestra sorpresa, nuestra constancia y, por qué no decirlo, también con nuestro sufrimiento.

Hitos que se alzan desafiantes, como cruces monumentales que jalonan cada tramo del camino de la vida, ante las que siempre es bueno, aconsejable y hasta sano, detenerse con humildad para meditar ante ellas sobre su verdadero sentido y su auténtico significado.

En cierta medida, eso mismo ocurre con las cofradías.

Porque una cofradía también es como un ser vivo, siempre, claro está, que permanezca vigilante y mantenga fresca la savia de sus hombres y mujeres, sin caer en el otoño de la monotonía y el rutilar del folclorismo vacío e inútil.

Sólo así será como un árbol frondoso que renueva y reverdece sus ramas, que no son otras que las de los fines primitivos que las inspiraron, desafiando con valentía el paso del tiempo, que así apenas podrá dejar en su corteza más huella que aquella que escribe su propia historia, convertida en docta maestra de la que aprender.

Una enseñanza a través de la existencia que brindan tanto los triunfos como los fracasos, o, tal vez mejor, aquellas circunstancias a las que, con la perspectiva que da poder mirar atrás, creímos fracasos y no son si no experiencias distintas a las demás, sin las cuales, paradójicamente, no se sustentaría el presente.

Raíces que se hunden en la tierra fértil del pasado con tanta fortaleza que las capacitan para soportar los embates que las golpean con amenazante insistencia, desde frentes tan agresivos como resultan ser la descristianización y la pérdida de la moral.

Dentro de unos días se cumplirán sesenta años de aquel Jueves Santo en que un grupo de jóvenes jiennenses, liderados por Pedro Gómez Quevedo, tuviera la feliz idea de crear una cofradía que aglutinara a los estudiantes de Jaén, o, lo que es lo mismo, a los jóvenes de nuestra tierra.

Desde aquel momento han sido muchos los avatares que han sacudido a la que, aún pretendiendo titularse de principio Cofradía del Cristo de la Sangre, siempre supo que quería darle culto a la dulzura crucificada que se atesoraba en el Coro Alto del Real Monasterio de Santa Clara.

Cautivador icono de Cristo en la majestad de su sacrificio supremo que, lo que son las cosas, tuvo que ser expoliado de Jaén para que Jaén descubriera, a su vuelta desde la otra punta de España, cómo el magisterio del Evangelio se materializaba en el atezado rostro adornado del enigmático Cristo del Bambú que, siempre en silencio, con discreta humildad, sigue reinando sobre el histórico barrio de Santa Cruz, cuya memoria pervive en las piedras del muro postrero del mismísimo cenobio franciscano.

Señor de las Misericordias,
humilde Cristo del Bambú,
dulce Jesús de las Clarisas,
Cristo de los Estudiantes;
da igual tu advocación,
que si hay humildad, ésa eres tú;
que si hay dulzura, esa es la tuya;
que si tu dolor hiere el corazón,
Lágrimas no han de faltarte,
porque cuando sales a la calle,
viéndote tan yerto, tan humano,
tan indefenso y vencido,
Jaén se hace a tu paso plegaria
y lanza al aire estremecido
un rosario de rezos perfumados
que a lo lejos una Niña de suave talle
atrapa antes que lleguen al suelo
para guardarlos en el pañuelo
que junto a tus Clavos lleva en sus manos

SESENTA años ya. Seis décadas en las que se pasó de la desbordada euforia inicial ante los primeros pálpitos de un proyecto ilusionante, a la lucha desesperada por mantenerlo a duras penas vivo a lo largo de los años.

Una labor de supervivencia poco o nada reconocida que las más de las veces supuso luchar contra la vergonzante incompreensión de quienes, ajenos a la realidad de una ciudad que se iba despoblado de estudiantes en busca de carreras negadas a Jaén, prácticamente no entendían el estado casi comatoso en que se mantenían la mayor parte de las cofradías, apenas sustentadas por el esfuerzo de un puñado de buenos cofrades que, a su modo, aún no siendo tal vez un ejemplo de la más pura ortodoxia, lograron mantener el pulso vital de la Semana Santa de Jaén y de sus cofradías.

Y la de los Estudiantes no fue una excepción.

Pero la transformación del propio ámbito universitario acabó propiciando, hace ya casi una generación, que atrás quedaran aquellos tiempos de penuria en los que eran frecuentes gestos de aprovechamiento máximo de unos recursos más exiguos que limitados.

Que los hachones que sostenían los cirios de las esquinas del descartado paso de la Magdalena fuesen cuatro pedazos de tubería de uralita pintados con titanlux marrón era buen ejemplo de ello.

O que casi no hubiera túnicas; si acaso las de servicio.

O que las cofradías tuvieran tantas veces que valerse de la generosidad de las demás, hasta el extremo de compartir parte del exorno floral de un día para otro.

O que la corona de la Virgen de las Lágrimas fuera la de diario de la Vera Cruz, los candelabros, de la Virgen del Carmen, las tulipas, las viejas de los pasos de Nuestro Padre Jesús, las jarras, de la Mulica y los elegantes jarrones que flanqueaban al Cristo, de la Buena Muerte.

O que, ante todo, faltara la savia renovada de nuevos cofrades, ahogados en una decadente falta de ilusión ante un panorama nada alentador de una celebración tan convulsa como los mismos tiempos que le tocaba vivir.

Tiempos amarillentos ya, como las fotos que guardan la memoria gráfica de una época que, no por difícil e incluso angustiosa, ha de ser relegada al olvido. Pues precisamente sobre aquellas dificultades se sustenta el florecimiento de las cofradías y el momento de esplendor del que ahora se disfruta.

¿Qué hubiera sido de nuestros costaleros si antes no se hubiera producido aquella triste desbandada de los profesionales, cuya carencia, y carestía, todo hay que decirlo, abocó a la Semana Santa a las denostadas ruedas?

Hoy, aquello es historia.

Pero fue gracias a ello que grupos de jóvenes cofrades asumieron entonces, sin saberlo, el impulso primario del renacer de nuestras cofradías.

Ellos quisieron salvar a sus cofradías y salvaron a la Semana Santa.

Les pudo el amor propio y se negaron a permitir que Cristo pasara por Jaén de otra forma que no fuese en los brazos del sufrimiento de sus costaleros.

Costaleros de los Estudiantes, que al orgullo de portar a Cristo y a su Bendita Madre por las calles de Jaén supieron unir el honor desmedido de ser padres de otras cuadrillas de costaleros que hoy, igual que entonces, tienen a gala ser ejemplo de voluntad, de trabajo y de esfuerzo, mientras por sus labios escapan los rezos que les desbordan el alma cada vez que requiebran los inverosímiles ángulos de la milenaria Jaén, sabiéndose privilegiados bajo esas trabajaderas que no son si no los mimbres de la cuna con que cada Lunes Santo mecén, como en un arrullo acompañado de música y admiración, al Cristo de las Misericordias y Nuestra Señora de las Lágrimas.

Llevadlos con mimo, costaleros;
no dejéis que Cristo despierte,
ni que María caiga de dolor rendida.
Rezadles con vuestro paso, costaleros,
y pedidles por cuantos os precedieron
dejando por ellos su vida.
¡Rezadles, costaleros!

Ocurre con frecuencia que el término se simplifica y relativiza. Y por costalero no vemos más allá del límite que demarca la parihuela.

Pero tan costalero era el Mudo de la Magdalena, impenitente cargador del Cristo de las Misericordias, como Miguel el Cachorro, el capataz de aquella su última cuadrilla profesional. Como también lo es el último de los jóvenes cofrades llegados a las trabajaderas de cualquiera de nuestros pasos.

O como lo fue José Francisco, el Boria, nuestro Boria, cuya espalda soportó durante años el peso del Cristo mientras salía en difícil y peligroso equilibrio desde San Roque, franqueando la angosta puerta apenas sujeto por unas débiles pértigas y el enorme corazón de su improvisado cirineo.

Él se adelantó a su tiempo. Y también sin saberlo se convirtió en el primer hermano costalero.

Si alguno quiere venir en pos de mi, tome cada día su cruz y sígame.

Tomar la Cruz y seguir a Cristo, ése es el verdadero misterio.

Porque, unos fuera y otros dentro, todos estamos llamados a convertirnos en costaleros de nuestras propias penas y desdichas; ésas que tantas veces impiden ver las de los demás, las de tantos Cristos vivos que también necesitan de la ayuda de quienes les rodean para llevar la pesada carga que los abruma.

También ahí es preciso gastar las energías, afianzarse la hombría y meter cintura, porque si no hay carga más pesada que aquella que no nos corresponde, tampoco hay mayor recompensa que la mirada agradecida de quien se ha visto auxiliado de corazón, sin que nadie le haya exigido condiciones previas.

CUANDO aquel grupo de jóvenes alentó en 1946 la fundación de la Cofradía de los Estudiantes no hizo otra cosa que poner su propia Cruz de Guía en la calle de la más arraigada tradición de nuestra tierra, para iniciar a partir de ahí una fructífera estación de penitencia que le ha llevado desde entonces a cumplir con fidelidad los principios que la alumbraron, dando testimonio público de fe en la Pasión de Cristo.

Primero lo hizo desde Santa Clara y más tarde, con algún sobresalto, desde la iglesia de Belén, hasta llegar, hace ya más de un cuarto de siglo a La Merced, en lo que supuso el regreso de la Cofradía a sus orígenes en la ciudad antigua, al Jaén legendario y monumental, a través de cuyo dédalo de callejas medievales trazó su existencia desde aquel rincón monacal que cada año revive con íntima emoción la fugaz partida del Cristo franciscano y su regreso, días más tarde, tras un siempre esplendoroso Lunes Santo, a la que por siempre será su Casa.

Lo hace devotamente, a hombros de sus cofrades, de los niños, como aún nos siguen llamando las reverendas madres que lo cuidan y que lo miman durante todo el año en la soledad del templo conventual, desde donde Cristo sigue manifestando su catequesis de humildad y entrega a cuantos quieren acercarse a Él para encontrarlo en la intimidad de su capilla.

Aquella capilla que, cuentan viejos papeles de la cofradía, mientras estuvo tapiada dejaba escapar extraños sonidos, a modo de golpes sordos, que acabaron el mismo día en que el muro que la cerraba cayó para que allí los jóvenes cofrades entronizaran al devoto Crucificado que por sí solo basta para honrar el acervo artístico de Jaén.

También así se es costalero y cofrade; buen costalero y buen cofrade.

A la voz del eterno Fabricano,
un costalero va al cielo.

Que yo te llevé, Señor,
expone en su descargo.

Fui costalero allá en la Tierra.

Mira mis hombros doloridos
de tantos años como han sido.

Cristo entristece al mirarlo
y anota con pesar en su diario:

Otro que quiso ser costalero,
pero oyó sólo al fabricano
y olvidó ayudar a su hermano.

Un eco misterioso, una señal que, más pronto que tarde, las monjas, testigos directos de aquel extraño fenómeno, interpretaron como la manifestación portentosa de que Cristo quería presidir aquel espacio eclesial sobre cuyo uso anterior nunca nadie supo dar testimonio.

Hace ya muchos años que la solemnidad del traslado del Cristo del Bambú hasta la iglesia de La Merced hizo olvidar aquellos otros tiempos de urgentes idas y venidas en los que un simple paño rojo ocultaba a la vista la evidente razón de aquel trajín entre Santa Clara y San Roque, que no era otra que el traslado apresurado de la imagen del Señor de las Misericordias de un lado a otro.

Un velo que yo me pregunto si no es el mismo que tantas veces seguimos utilizando en nuestras debilidades para no ver la cara de Cristo y sentir la vergüenza de saber que nos pueden las flaquezas a la hora de llevarlo por estandarte; a la hora de abrirle el corazón para permitir que también en nosotros se manifieste sin veladuras, como parece hacerlo desde la sobriedad de la escalera que en su Casa conduce al Coro Alto.

Allí podéis verlo.

Dicen que es el mismo Cristo de las Misericordias el que muestra su paz sobrenatural desde el fresco que lo representa junto a San Francisco y otros personajes, a quienes, como a él, hubo quien pretendió ocultarlos a la vista, hasta que unas manos blancas, puras y candorosas, descubrieron y recuperaron aquel tesoro bajo el velo de cal desde el que Cristo se asoma al claustro riquísimo, para deleitarse con el gorgoteo del hilo de agua cristalina que da vida a la fuente que corona la majestuosidad de patio conventual.

Os desvelaré un secreto que tal vez pocos conozcáis.

En la breve estancia donde se abre el torno de Santa Clara hay un pequeño expositor, mitad ventana, mitad escaparate, que no siempre estuvo allí, sino que se colocó aprovechando una puertecilla indiscreta por la que a veces la vista vulneraba la clausura de la Casa y penetraba hasta el irrepetible patio porticado, aprovechando su siempre fugaz apertura para cualquier asunto mundano.

Durante años, en aquella puertecilla, una monja aleccionó sin saberlo a un estudiante que se acercaba de vez en cuando hasta el Convento para visitar al Cristo del Bambú.

Aquel muchacho ya no tenía siete, ni ocho años.

Y apenas imberbe, tuvo el privilegio de que, cada vez que iba a devolver la llave de la iglesia que nunca le negaron las Clarisas para que pudiera estar un rato con su Cristo, una de ellas, elevada entonces a la dignidad de abadesa del Monasterio, entreabría aquel portillo para recogerla en sus propias manos.

Y los saludos daban lugar a las palabras, y a las confidencias, y a los recuerdos prisioneros entre celosías de aquélla que había conocido al padre del muchacho casi con su misma edad y por la misma causa: ser cofrade de los Estudiantes y devoto del Cristo de las Misericordias y de la Virgen de las Lágrimas.

Y también daban paso a aleccionadores contrastes de pareceres, siempre desbordados de dulce firmeza franciscana, que poco a poco fueron abriendo el conocimiento del adolescente, lo mismo que poco a poco se abría aquella puerta en la que tan inusuales conversadores acababan las más de las veces devorando las horas con el horizonte de aquel patio único.

Con el telón de fondo de aquellas envidiables piedras por las que deambula sin descanso la memoria de generaciones enteras de

Clarisas que siguen acercándose a través de los siglos, trascendiendo el tiempo y el espacio, a reverenciar a su Cristo de las Misericordias.

Hace ahora tres años, cuando los ecos del Pregón de la Semana Santa de Jaén aún reverberaban en las paredes del Teatro Darymelia, el Fabricano Mayor le hizo la primera llamá.

Unos días antes, en otra de aquellas interminables conversaciones, esta vez a través del ciego torno, el pregonero le había pedido la complicidad de la Comunidad para que se acordaran de él en la mañana del ya cercano Domingo de Pasión.

“No te vayas a venir abajo; no te emociones. Sigue siempre adelante”, me dijo.

Y lo hice.

La vi poco después, ya en el hospital. Por última vez. Y aún creo sentir el tacto de su mano en la despedida.

Entre sus niños de siempre, entre sus Estudiantes, hoy quiero evocar su memoria y, si el espacio lo permite, abrir la sábana blanca en la que cada Lunes Santo los porteros del Monasterio recogían en San Roque las flores de nuestros pasos que luego habrían de servir de exorno al Monumento Eucarístico, para entresacar de aquellos mazos de claveles sólo dos, uno rojo y otro blanco, y depositarlos con eterna gratitud ante la tumba del recuerdo de aquella humilde franciscana que fue Sor María de San José, nuestra eterna Madre Vicaria.

Capirotos blancos, como gaviotas,
alzan el vuelo el Lunes Santo
sobre un mar de rezos franciscanos
derramados Arroyo San Pedro abajo,

mientras ecos de voces blancas,
con ribetes de vivísimo azul cielo,
envueltos en airosas capas,
buscan enjugar las Lágrimas
de una Virgen en desconsuelo
Murmillos de candor vivo,
arrullos de voces puras,
llegan desde el convento.
Son rezos de las Clarisas,
añoranzas tras las celosías,
de amorosa soledad, ayes
por Aquél que aún no ha vuelto
para llevarles la alegría,
mientras Jaén entero disfruta
y abraza a su Cristo por las calles.

EL ECO MORTECINO DE LA ESQUILA DEL MUÑIDOR anunciará en unos días que Cristo ya camina por el corazón adormecido de la ciudad antigua.

Vaharadas de incienso perfuman la tibia noche primaveral que le han de llevar, a través del azahar de los naranjos en flor, a la recoleta plaza de San Bartolomé, y allí al recogido templo que en ella se alza, convertido así en su primera estación, igual que lo fue en el pasado, pues no en vano en aquella iglesia germinó y tuvo su primera sede canónica la Cofradía que le rinde culto.

Una parada breve, pero intensa de emociones.

Un respiro, si acaso, antes de enfrentar la palpitante distancia que aún le separa de la Merced, donde otra vez se obrará el prodigio, vedado a los ojos mortales, de que la Cruz del Cristo del Bambú se convierta en amorosos brazos que se abren, igual que lo hace el más puro de los corazones, para acoger en su seno a la Madre reencontrada.

Esa noche, las Lágrimas de María no son de dolor, no son gotas de la Pasión, sino reflejo de alegría ante el reencuentro con el Hijo nuevamente perdido, pero siempre hallado al filo del Lunes Santo, entre rezos, cánticos, capas y coloridas cintas que se alzarán al vuelo para saludarlos cuando rompan a su paso el telón de la muchedumbre que los espera en la plaza, mientras el campanario del otrotra convento mercedario vibra al vuelo de las campanas.

Ya en la quietud del templo vacío, Ella volverá a reprender amorosamente a su Niño por haberla dejado sola otra vez. Y Él le contará de nuevo que fueron imponderables los que forzaron esa dolorosa separación que no existe más que en la distancia de las medidas convencionales que dictan los hombres.

Circunstancias imponderables, tanto como lo fueron los tiempos en que se produjeron, cuando los inevitables acontecimientos forzaron aquella doliente separación en la que Ella fue la condición, la prenda que avaló el traslado físico de la Cofradía hasta San Roque.

Tampoco entonces pudimos ofrecerte un altar y claudicamos dejándote allí, en el frío rincón en que te conocí, junto a la imagen de tu Hijo entrando en Jerusalén, asfixiada entre la pared y las ancas de la burra que te daba la espalda, como parecía que te la daban quienes, forzados por un aluvión de hechos incontenibles, admitieron para ti aquel ultraje que aceptaste con humildad.

No era la primera vez que habrías de hacerlo.

Pero no estabas sola.

Nunca lo estuviste.

Te sobraba belleza, elegancia y señorío para ganarte a tu nuevo barrio desde aquel rincón.

Y te lo ganaste.

Lo entendí aquella primera tarde en que descubrí flores frescas dejadas a tus plantas, sobre la desnuda madera que te servía de peana; que ni tan siquiera eso tenías.

Y cuando aquellas flores dejaron paso a un ramo de novia, íntimo testimonio de una nueva vida a ti entregada, supe que ya reinabas sobre tu nueva feligresía, al igual que lo habías hecho en Santa Clara, y aún antes en tu Córdoba, donde viste la luz y enraizaste como un junco de dulzura a orillas del Guadalquivir que un día habrías de remontar hasta llegar a este tu Jaén para hacerte Reina y Señora de la juventud cofrade y de tres barrios señeros: San Pedro, Belén y La Merced.

Faltan piropos para alabarte en lo que significas y en lo que desde tu mirada profundísima transmites, grial bendito, vientre purísimo en el que encarnaste virginalmente la humanidad celestial de Dios hecho hombre, y por ello hoy, día de la Encarnación, te glorifica todo el orbe católico.

La prudencia de quienes te trajeron a tu nueva tierra ocultó innecesariamente la historia que ya entonces atesorabas, como si fuese una deshonra que a tu paso ya hubieras provocado ríos de piropos capaces de competir con las aguas cazorleñas que corrían bajo el Puente Romano, junto a la universal Mezquita.

Aquel silencio veló durante años tu naturaleza y con ello el amor desmedido que te tuvieron tantos otros cofrades en aquel tu barrio de San Lorenzo.

Aquellos que lloraron tu marcha cuando te vieron partir a lo lejos, río arriba.

Alguno de ellos aún guardaba con emoción tus fotografías cordobesas cuando le conocí, muy poco antes de que volviera a encontrarse contigo en la otra orilla de la vida.

Un silencio impuesto sin sentido que mantuvo oculto tu alto magisterio cofrade.

El mismo magisterio que hoy quiero manifestar a boca llena, para que cuantos miren la profundidad de tus ojos morenos sepan que siempre fuiste capaz de renacer sobre la devoción de quienes se acercaron a ti, allá donde estuvieras.

Ave fénix de amor celestial.

Virgen del Mayor Dolor.

Virgen de la Esperanza.

Señora del Mayor Dolor y Esperanza.

Virgen de las Lágrimas.

Virgen Santísima a quien hoy, en la libertad que me da pregonar sin limitaciones tu excelsa belleza, quiero que mi corazón y mis labios te hagan cordobesa y jaenera; jaenera y cordobesa, para proclamarte Nuestra Señora de las Lágrimas en tu Mayor Dolor y Esperanza.

Dulces Lágrimas de emoción

lloraron las gubias de tu autor
cuando en el frío acero

vieron la dulzura reflejada,
hecha candor en tu mirada.

Serás la Reina del cielo,
se dijo para sí el artista.

Derrochas paz, juventud, amor;
sólo verte inflama el corazón.

¡Quien fuera alfarero!

¡Quién con simple arcilla

pudiera modelar tal maravilla!

Tanta quietud, tal donosura,

tanto calor y hermosura

en un rostro de dulce chiquilla.

Un toque ha de faltarle,

agregó Martínez Cerrillo,
y se fue al río, y allí, en la orilla,
vio reflejados siete luceros,
siete llamas de cegador brillo,
siete soles de desconsuelo
que en sus manos tomó
y del universo de tu pena colgó.
Eran las Lágrimas que faltaban
en las rosas de tus mejillas.
El hombre sonrió emocionado.
!Te envidiará el género humano!
¡Ahora sí eres una maravilla!

SIN OTRA MEDIDA que no sea la que imponen los propios sentimientos, las devociones y muchas veces la herencia y la traición familiar, los cofrades tenemos cierta propensión a considerar la Semana Santa dividida en parcelas, en unidades estancas ajenas las unas a las otras: Domingo de Ramos, Lunes Santo, Martes... y así hasta llegar al Domingo de Resurrección. Sin olvidar a quienes apenas tienen otro horizonte que el día en que hacen estación su Cristo o su Virgen.

Es humano entender que nos ciega la pasión, pero la pasión con minúsculas. La de nuestro pequeño universo, sí. Tentador, espectacular, plástico, repleto de notas coloristas y de músicas que enardecen los sentidos y ayudan al lucimiento de pasos y costaleros.

Pero hay más. Siempre hay más.

Porque la Semana Santa no es si no un todo, un conjunto. Un rosario en el que cada uno de los días es un misterio. Un libro por capítulos en el que el uno nada dice sin el otro.

La Semana Santa es una letanía.

La letanía del cristiano que abarca desde la triunfal entrada de Jesús en Jerusalén en la mañana del Domingo de Ramos, al triunfo de Cristo sobre la muerte ignominiosa que le impusieron los hombres.

Dos triunfos, dos hitos, dos extremos, el preámbulo y el epílogo, de un relato bien definido que abarca momentos concretos, pero también interpretaciones precisas.

Qué es la Última Cena si no el misterio de la Eucaristía en la calle.

¿Qué es la Presentación al pueblo del Hombre, azotado, apaleado, ultrajado; Caído una, dos, tres veces; o el paso previo a la inmolación del Cordero que representa el Despojo de las vestiduras?

¿Qué es?, decidme, si no la Humildad suprema de Cristo vilipendiado públicamente por los hombres, por sus propias criaturas.

¿Y Misericordias? ¿Y Clemencia? ¿Y Amor? ¿Y Perdón? ¿No son acaso las manifestaciones soberanas del poder de Dios sobre los seres de su Creación?

¿Acaso el Silencio no es suficientemente locuaz para entender la Buena Muerte de Cristo?

¿No es la Expiración al culmen de la entrega, del misterio terrenal del Hijo entregándose al Padre para que se haga su voluntad?

La voluntad de Dios hecho hombre.

De Dios Preso, Nazareno camino del Calvario, colgado de la verdadera Cruz y piadosamente depositado en los brazos de su Madre, rota en su Quinta Angustia, hasta acabar Yacente en la Soledad del Sepulcro.

Misterios de la Pasión de Cristo.

Letanía dolorosa por las calles de Jaén.

Cuentas de un mismo rosario que en Semana Santa van del orto al ocaso.

Del brillo del Domingo de Ramos, a las tinieblas en la tarde del Viernes Santo.

De la vida a la muerte.

De la luz a la sombra.

De la alegría al llanto, como las Lágrimas, que se manifiestan tanto en lo uno como en lo otro.

Lágrimas que son como reflejos de sol al amanecer, cálidos y reconfortantes, porque alientan la Esperanza cierta de la llegada de un nuevo día.

Lágrimas desprendidas del tañido de una campana en la tarde alimbarada del Lunes Santo.

Lágrimas que se filtran por las cristaleras del abarrotado templo mercedario, hechas añicos de luz tamizada que excita los sentidos y despierta con intensidad el aroma a flores y a cera recién fundida.

Luz de Lágrimas que arranca brillos de blonda a las mantillas que aguardan a que un río dorado de resplandores rompa la tarde colándose desde la plaza a través de las hojas entreabiertas del portón, donde la Cruz de Guía aguarda ya para navegar desafiante entre la muchedumbre que espera con expectación, dibujando las riberas sinuosas del cauce por el que, como un caudal incontinente de señorío, habrá de discurrir la Cofradía.

Los latidos del corazón del cielo enmudecerán entonces, abrumados por esos otros latidos vitales que son los ecos secos del llamador que anuncia la primera levánta del Cristo del Bambú, allá en el fondo del templo, donde ya se le adivina entre el marasmo de capirotos que, como inquietos dientes de sierra, cortan la nube de incienso que perfuma el aire conforme el paso avanza.

Lo hará lentamente, poquito a poco, entre un pasillo de gargantas ahogadas por la emoción, de las que no escapará ni un solo suspiro hasta que por fin asistan al inigualable contraluz de su silueta recortada bajo el cancel de la puerta, y un murmullo de incontenibles aplausos les transmita, templo adentro, la seguridad de que las

Misericordias divinas ya se esparcen por la plaza, camino del corazón de Jaén.

En el horizonte se dibuja ya el trazado de la vieja calle Maestra Alta, y en su angostura las manos pugnan desde los balcones por acariciar devotamente los remates de la Cruz de Cristo, cuando la tarde parece entristecer de golpe.

Sin razón aparente, los brillos se matizan y las sombras se suavizan, como si una inoportuna nube hubiera velado repentinamente la claridad de la tarde.

La sorpresa dura apenas un instante.

El tiempo justo de comprobar que el sol sigue donde mismo estaba, pero también que sobre él hay ya otro mucho más radiante que lo hace palidecer a poco que el primero de sus costaleros ponga el pie en la calle y la primera brisa de la tarde meza los pétalos de sus pestañas y acaricie las gotas de rocío que ruedan sobre la dulce palidez de las rosas de sus mejillas.

Dios te salve, María. Por ti, las voces se alzan el Lunes Santo para cantar amores virginales, mientras una bandera escribe con caligrafía estudiantil sobre la bóveda celeste que eres llena de gracia y bendita entre las mujeres.

Ven a nosotros, dulce Señora de los Clavitos.

Te estamos esperando en este tu otro barrio de San Lorenzo, para verte bajar primorosa a través del ojo de aguja del Arco, donde se enhebran la historia con la tradición, y cada Lunes Santo con la dicha de ver cómo la Gracia desciende del cielo para hollar con sus plantas los adoquines de la ciudad vieja, camino de esa calle tan virginal que Jaén supo dedicarle a la Madre de Dios.

Ya abajo, en la encrucijada, las titilantes llamas de la candelaría que acarician tu rostro sentirán cómo de los callejones, allá por San Bartolomé, les llega, como con prisa, la caricia de una suave brisa cargada de oraciones recién escapadas tras la celosía de la clausura, donde a esa hora ese otro cuerpo nazareno de los Estudiantes que es la Comunidad Clarisa, también hace su particular estación de penitencia, mientras pide al cielo por la Cofradía, por el feliz término de la procesión y por el pronto regreso de Cristo a la quietud del Monasterio.

Es ése el mágico instante, divina Gioconda Dolorosa, en que del fondo infinito de la pena que te desborda escapa una sonrisa casi imperceptible que abanica los jazmines que enraizan en tu transido rostro.

¡Ea! Ahora sí estamos todos, te dices.

¡Pues vámonos!

¡A esta es!

Tus manos, costaleras de los clavos de Cristo, se aprietan entonces contra tu pecho maternal y comienzas a caminar suavemente, con garbo y elegancia, que el donaire que derrochas no tiene otro límite que el de tu nombre derramado por cada uno de los rincones del Jaén que te quiere, que te venera y que se rinde a tus plantas.

Ese Jaén que vibra cuando requiebras a tu paso las esquinas inverosímiles de sus calles más angostas, adormecidas en las sombras de la noche, hasta que el resplandor de tu luz rompe fugazmente las tinieblas, proyectando el candor de tu figura sobre las sorprendidas paredes.

Son esas calles en las que ni música te hace falta para inundar de armonía el tibio aire que te rodea.

Aquéllas en las que basta el repicar de las caídas de tu palio sobre los doce varales que te custodian para que tus costaleros se estremezcan y, con el simple rachear de sus zapatillas, arranquen del suelo desnudo sinfonías de pasión, salmodias en tu honor y rezos que te acompañan en tu peregrinar jaenero.

Costaleros que llevan sobre sus almas la seda suavísima de tus suspiros cuando transitas, acariciándolos, junto a los muros de esa maravilla de la Humanidad que es la Catedral, desde cuya fachada, alzado sobre la clave del balcón central, sabes que te contempla el Santo Rostro, con el que cruzas un guiño de complicidad antes de adentrarte ya en los límites del barrio que te aguarda, vibrante de emoción contenida.

Él sabe que no es un adiós,
sino un simple hasta luego,
pero al ver que te alejas
y que otra vez solo lo dejas,
más que de dolor,
de purísimo amor,
dos lágrimas escapan
de la mismísima cara de Dios.
Los habrá que dirán
que sólo es un reflejo,
que es una ilusión;

tal vez, que de amor no se llora.
Mas no saben que son de Pasión
las siete perlas que ruedan
por tu rostro divino, Señora.
Acabado el Pregón,
quebrada ya la voz y la razón,
poco más puedo darte,
acaso unas pocas líneas torcidas,
rosario de palabras enardecidas
con las que por siempre alabarte.
Sólo una cosa quiero pedirte:
cúbrenos con tu manto
y vela por tantos cofrades buenos
que un día fueron nazarenos
y costaleros de tu llanto,
una tarde ya lejana de Lunes Santo.

He dicho